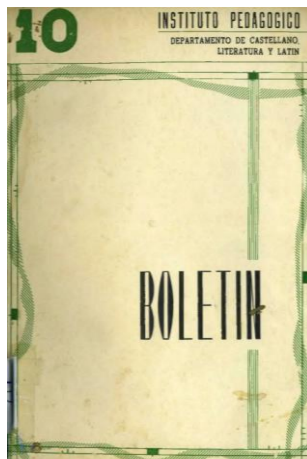


APUNTES SOBRE EL MÉTODO DE ENSEÑAR LATÍN

Federica De Ritter

Nació cerca de Viena (Austria) y durante muchos años vivió en Venezuela. Cursó estudios de lenguas y literaturas alemana y latina en la Facultad de Filosofía de la Universidad de la capital austríaca. Doctorada en la Sección de Letras. Profesora de alemán, latín y de Literatura Alemana. Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela. Profesora en la cátedra de latín. Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico de Caracas. Realizó importantes traducciones de textos redactados en alemán en las áreas de literatura, geografía, folklore y ciencias naturales de Venezuela.

Artículo publicado en:



Boletín N° 10

Departamento de Castellano, Literatura y Latín (1961).

Actualmente Revista *LETRAS*.

Antes de hablar del método de una enseñanza hay que saber a dónde se quiere llegar. ¿Cuál ha de ser la meta del estudio de un idioma antiguo que abarca tres clases semanales a lo largo de cuatro años? La finalidad de un estudio que se extiende a tal número de años ha de ser, por lo menos, la capacitación del alumno para que pueda traducir, sin encontrar mayores dificultades, cualquier texto desconocido escrito en latín clásico.

Camino a Letras 100



El alumno de habla castellana o de otra lengua romance lleva una ventaja inconmensurable al estudiante de cualquier otro idioma del mundo, ya que el parentesco entre las voces castellanas y latinas es tan íntimo que, en primer lugar, el vocabulario casi no representa dificultad alguna: cuando desde el comienzo el alumno se familiariza con las leyes más resaltantes de la fonética histórica (huerto: hortum; pié: pedem; enfermedad: infirmitatem; oro: aurum; ajeno: alienum, y miles de otros ejemplos) la enorme semejanza alivia mucho la memorización de los vocablos. En segundo lugar el mismo alivio, quizás aún más sorprendente, se encuentra al estudiar las formas verbales. En una enseñanza bien dirigida el alumno, desde su primera experiencia, debe sentir y no sólo ver u oír la congruencia de las terminaciones en: ve - o y vide - o, loa - s y lauda - s, pedi - mos y peti - mus, adorna -ba - tis y adorna - ba - is, teme - n y time - nt o cree - n y credu - nt, dije y dix - i, fui - steis y fui - slis, etc.

En tercer lugar, muchísimos fenómenos sintácticos del latín se han mantenido y rigen todavía en el castellano; para recordar sólo algunos mencionaremos la concordancia entre el sustantivo y el adjetivo calificativo, entre el sujeto y el predicado nominal; la consecuencia o interdependencia de los tiempos, el uso del subjuntivo en muchas oraciones subordinadas, el ablativo absoluto, etc.

De esta constancia que acabamos de hacer resultan dos factores esenciales que nos indican el método: el uno es que la base en un estudio fructífero del latín es el conocimiento seguro de la gramática castellana. Existiendo verdaderamente esta base, y aprovechándola debidamente, no sólo se entra en el latín con facilidad nunca imaginada, sino también se profundiza la comprensión de la estructura del propio idioma. Ha de ser por ello "conditio sine qua non" que el profesor de latín se asegure de la solidez de esta base cada vez que vaya a tratar un nuevo problema; la comparación entre la lengua madre y la hija nos parece la exigencia fundamental para poder cimentar sólidamente el conocimiento del latín.

Pero es precisamente esta emocionante abundancia de formas y construcciones semejantes de la cual surge el segundo factor aludido arriba; este segundo poste en el camino nuestro implica, en traste al primero, un gran peligro;

Camino a Letras 100



pues, si es verdad que, al comenzar el estudio del latín, lo nuevo se reduce a unos pocos fenómenos, también es verdad que la múltiple semejanza se presta a crear descuido, superficialidad, falta de exactitud, vicios que son los más condenables, no sólo en cualquier clase de estudio, sino ante todo en el estudio de un idioma. Será la delicada y difícil misión del profesor la de timonear al estudiante con paciencia férrea y con exactitud impecable entre tal Escila y Caribdis. Por lo tanto, hay que agregar a nuestra primera exigencia de que siempre ha de partirse del fenómeno correspondiente en castellano, otra de la misma importancia, la de que, al compararse el castellano con el latín, siempre debe ponerse el dedo primero en las igualdades; pero, segundo y con mayor insistencia, en las diferencias; éstas han de entrenarse con especial ahínco para encontrar el contrapeso a la semejanza seductora.

Será pues, al comenzar el estudio, la declinación desinencial la que, por representar algo completamente desconocido, causará dificultades al alumno de lengua castellana. Sin embargo, no será nunca la mecanización de la palabra declinada la que presente obstáculos, sino el significado del caso. La verdadera función del complemento directo o indirecto, para sacar sólo un ejemplo, y la importancia de reconocerlo como tal (lo cual jamás sucederá a cabalidad mientras se conozca sólo el propio idioma como único), se aclarará sólo cuando el estudiante llegue a saber que la palabra latina, para representar un complemento, por lo general, ha de modificar su forma cambiando la desinencia. Pero para semejante comprensión se exige el empleo inmediato de los casos dentro de un sinnúmero de oraciones primero construidas a propósito, luego originales, ya que el sentido del caso sólo se manifiesta en la mutua dependencia de todas las partes de la oración. Así como el verbo transitivo, p. ej., necesita su complemento para tomar sentido, el acusativo del sustantivo no se comprenderá jamás sin el verbo “cuya acción cae sobre él”. La constante traducción a la lengua materna y la oportuna versión del castellano al latín son medios imprescindibles para que esta “mutua dependencia” se grave inextinguiblemente en el cerebro juvenil y se transforme en intelectualidad fundamental. En consecuencia de lo expuesto, lo que ha de formarse, desde el



comienzo del estudio no es el conocimiento mecánico de la palabra muerta en una forma muerta, sino la comprensión de la palabra en función de la frase; el memorizar la declinación de los substantivos no debe considerarse un molesto ejercicio privado de sentido, sino un instrumento imprescindible para la expresión de las ideas¹. Por sí misma desaparecerá entonces la "gran cantidad" de formas nominales y en cada uno de los seis casos se reducirá a una o dos desinencias diferentes, cuando siempre de nuevo y sin cansancio se investigue y compruebe el significado de ellos dentro de la oración; tampoco se limitará la declinación a un "modelo" único, sino que se extenderá a todas las palabras ofrecidas en la multitud de citas, proverbios, versos, que el profesor facilita a sus estudiantes. Por otra parte, al interrumpir y amenizar con ojeadas a la cultura, al arte, a la filosofía e historia romanas, la enseñanza de la analogía y la sintaxis latinas, el interés del alumno se mantendrá despierto. Se sobreentiende que tal procedimiento lógico y racional será el mismo con los verbos que, según lo expuesto, no van a ser ofrecidos aislados sino relacionándolos con la declinación. De esta manera, sin que los estudiantes se den cuenta, se familiarizan a la vez con la sintaxis sencilla y adquieren los conocimientos básicos para la traducción. Los fenómenos mas complicados se tratarán en el orden en que ellos surjan durante la lectura de los textos originales. Pues del segundo año en adelante será ésta la que ocupe el centro de interés. En graduación continua se leerán capítulos o incluso libros enteros de un Cornelio Nepote, C. Julio César, Cicerón, Sallustio, Livio, Tácito, Ovidio, Catulo, Virgilio, Horacio. De vez en cuando resultará necesario intercalar "una clase gramatical" para explicar, refrescar o profundizar problemas nuevos u olvidados; pero en el foco y como ocupación primordial ha de estar la traducción, ha de ejercitarse sobre rieles cada vez mas firmes la mente juvenil para que reconozca, cada vez con mayor seguridad, la estructura del texto, su sentido y el espíritu de su autor. Para que el profesor pueda desarrollar tan alta y complicada labor en su clase es necesario que el alumno

¹ Al haber terminado la autora este artículo se publicó el N° 8-9 de este Boletín con el ensayo "Normas Generales para el Estudio" escrito por Luis Beltrán Prieto Figueroa. Se citarán en lo que sigue algunas coincidencias de ideas: p.ej.: "No recurra a procedimientos de memorización que carezcan de sentido y sin conexión con el material estudiado" (p. 41).



también cumpla con algunas exigencias; se le exige así una firme atención ininterrumpida, la cual, si no está aún formada va a formarse por el trabajo activo,² no sólo receptivo, al que el alumno está obligado por el método empleado que consiste en un constante preguntar por parte del maestro y de contestar cada vez un alumno distinto; sólo así estos “digieren” al instante lo que se les ofrece en cada minuto y el profesor se da cuenta de que han entendido. Estudiar en casa, o sea, repetir después de cada clase lo recibido, para que sea asimilado para siempre y pertenezca a la firme posesión del individuo es el complemento necesario de tal método. El vicio tan inveterado de estudiar sólo unos días antes del examen y la consiguiente queja acerca de “tanta materia acumulada” se eliminará precisamente debido a esta diaria colaboración activa y muy sana del alumno. El estudiante que después de las primeras clases no haya comprendido esta novedad de tener que hacer diariamente en casa el concienzudo repaso de lo ofrecido, pronto se enmudecerá en clase, se quedará atrás, perderá el hilo, y por fin, claro está, se rebelará contra “el profesor demasiado estricto” en vez de hacer un auto-examen y confesarse a sí mismo que él no cumplió con el estudio diario exigido por el “método”³ que, en verdad lleva a la conquista de una lengua nueva.

Resumiendo hay que mencionar además, lo que quizás ya haya surgido de estas pocas palabras, que conquista semejante no se lleva a cabo en forma lineal sino en una forma como de alud, el cual se origina en una piedrecita puesta en movimiento y que al desarrollarse, crece y aumenta en todas las dimensiones. U otro parangón: el conocer las letras no es sino el comienzo del aprendizaje a leer; el deletrear palabras tampoco aún es leer; sólo cuando las palabras leídas se unen en frases y oraciones y sólo cuando detrás de este cuadro óptico se trasluce el objeto expresado por aquél, sólo entonces se puede hablar de “leer”. Así las declinaciones y conjugaciones y las llamadas reglas gramaticales tan odiadas no son más que las letras del aprendizaje de la traducción; (un exceso de tales reglas

² “Para aprender es necesario ejercitarse en la cosa aprendida”: L. B. Prieto F. (pág. 42).

³ “...las mayores dificultades están en la propia falta de disposición para el trabajo; en la actitud negativa que se suma frente a la tarea que se tiene por delante”. L.B. Prieto F.- (pág. 29).



y la memorización de las múltiples excepciones no ofrece ventaja alguna sino que contribuye a causar y aumentar el fastidio). Nunca podrá repetirse demasiadas veces: la regla suelta carece de sentido; sólo cuando se deriva del texto legítimo se grava en la memoria; “el caletre” no enciende ningún interés; es el espíritu el que prende fuego, y este fuego espiritual no se apaga nunca al haber adquirido una vez la capacidad de traducir textos latinos originales, cuyas ideas no han perdido nada de su profundidad ni siquiera en nuestros tiempos.....

Caracas, 31 de marzo de 1960

Camino a Letras 100

